



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 14 de marzo de 2001

María, icono escatológico de la Iglesia

1. Al inicio de este encuentro hemos escuchado una de las páginas más conocidas del Apocalipsis de san Juan. En la mujer encinta, que da a luz un hijo mientras un dragón de color rojo sangre la amenaza a ella y al hijo que ha engendrado, la tradición cristiana, litúrgica y artística, ha visto la imagen de María, la madre de Cristo. Sin embargo, según la primera intención del autor sagrado, si el nacimiento del niño representa la llegada del Mesías, la mujer personifica evidentemente al pueblo de Dios, tanto al Israel bíblico como a la Iglesia. La interpretación mariana no va en perjuicio del sentido eclesial del texto, ya que María es "figura de la Iglesia" (*Lumen gentium*, 63; cf. san Ambrosio, *Expos. Lc*, II, 7).

Así pues, en el fondo de la comunidad fiel se descubre el perfil de la Madre del Mesías. Contra María y la Iglesia se cierne el dragón, que evoca a Satanás y al mal, como ya indicó la simbología del Antiguo Testamento; el color rojo es signo de guerra, de matanzas y de sangre derramada; las "siete cabezas" coronadas indican un poder inmenso, mientras que los "diez cuernos" evocan la fuerza impresionante de la bestia descrita por el profeta Daniel (cf. *Dn* 7, 7), también ella imagen del poder prevaricador que domina en la historia.

2. Por consiguiente, el bien y el mal se enfrentan. María, su Hijo y la Iglesia representan la aparente debilidad y pequeñez del amor, de la verdad y de la justicia. Contra ellos se desencadena la monstruosa energía devastadora de la violencia, la mentira y la injusticia. Pero el canto con el que se concluye el pasaje nos recuerda que el veredicto definitivo lo realizará "la salvación, el poder, el reinado de nuestro Dios y la potestad de su Cristo" (*Ap* 12, 10).

Ciertamente, en el tiempo de la historia la Iglesia puede verse obligada a huir al desierto, como el antiguo Israel en marcha hacia la tierra prometida. El desierto es, entre otras cosas, el refugio tradicional de los perseguidos, es el ámbito secreto y sereno donde se ofrece la protección divina (cf. *Gn* 21, 14-19; *1 R* 19, 4-7). Con todo, en este refugio, como subraya el Apocalipsis (cf. *Ap* 12, 6. 14), la mujer permanece solamente durante un período de tiempo limitado. Así pues, el tiempo de la angustia, de la persecución, de la prueba no es indefinido: al final llegará la liberación y será la hora de la gloria.

Contemplando este misterio desde una perspectiva mariana, podemos afirmar que "María, al lado de su Hijo, es la imagen más perfecta de la libertad y de la liberación de la humanidad y del cosmos. La Iglesia debe mirar hacia ella, Madre y modelo, para comprender en su integridad el sentido de su misión" (Congregación para la doctrina de la fe, *Libertatis conscientia*, 22 de marzo de 1986, n. 97; cf. *Redemptoris Mater*, 37).

3. Fijemos, por tanto, nuestra mirada en María, icono de la Iglesia peregrina en el desierto de la historia, pero orientada a la meta gloriosa de la Jerusalén celestial, donde resplandecerá como Esposa del Cordero, Cristo Señor. La Madre de Dios, como la celebra la Iglesia de Oriente, es la *Odigitria*, la que "indica el camino", o sea, Cristo, único mediador para encontrar en plenitud al Padre. Un poeta francés ve en ella "la criatura en su primer honor y en su meta final, tal como salió de Dios en la mañana de su esplendor original" (P. Claudel, *La Vierge à midi*, ed. Pléiade, p. 540).

En su Inmaculada Concepción, María es el modelo perfecto de la criatura humana que, colmada desde el inicio de la gracia divina que sostiene y transfigura a la criatura (cf. *Lc* 1, 28), elige siempre, en su libertad, el camino de Dios. En cambio, en su gloriosa Asunción al cielo María es la imagen de la criatura llamada por Cristo resucitado a alcanzar, al final de la historia, la plenitud de la comunión con Dios en la resurrección durante una eternidad feliz. Para la Iglesia, que a menudo siente el peso de la historia y el asedio del mal, la Madre de Cristo es el emblema luminoso de la humanidad redimida y envuelta por la gracia que salva.

4. La meta última de la historia humana se alcanzará cuando "Dios sea todo en todos" (*1 Co* 15, 28) y, como anuncia el Apocalipsis, "el mar ya no exista" (*Ap* 21, 1), es decir, cuando el signo del caos destructor y del mal haya sido por fin eliminado. Entonces la Iglesia se presentará a Cristo como "la novia ataviada para su esposo" (*Ap* 21, 2). Ese será el momento de la intimidad y del amor sin resquebrajaduras. Pero ya ahora, precisamente contemplando a la Virgen elevada al cielo, la Iglesia gusta anticipadamente la alegría que se le dará en plenitud al final de los tiempos. En la peregrinación de fe a lo largo de la historia, María acompaña a la Iglesia como "modelo de la comunión eclesial en la fe, en la caridad y en la unión con Cristo. "Eternamente presente en el misterio de Cristo", ella está, en medio de los Apóstoles, en el corazón mismo de la Iglesia naciente y de la Iglesia de todos los tiempos. Efectivamente, "la Iglesia fue congregada en la parte alta del cenáculo con María, que era la Madre de Jesús, y con sus hermanos. No se puede, por

tanto, hablar de Iglesia si no está presente María, la Madre del Señor, con sus hermanos"" (Congregación para la doctrina de la fe, *Communio notio*, 28 de mayo de 1992, n. 19; cf. Cromacio de Aquileya, *Sermo* 30, 1).

5. Así pues, cantemos nuestro himno de alabanza a María, imagen de la humanidad redimida, signo de la Iglesia que vive en la fe y en el amor, anticipando la plenitud de la Jerusalén celestial. "El genio poético de san Efrén el Sirio, llamado "la cítara del Espíritu Santo", ha cantado incansablemente a María, dejando una impronta todavía presente en toda la tradición de la Iglesia siríaca" (*Redemptoris Mater*, 31). Es él quien presenta a María como icono de belleza: "Ella es santa en su cuerpo, hermosa en su espíritu, pura en sus pensamientos, sincera en su inteligencia, perfecta en sus sentimientos, casta, firme en sus propósitos, inmaculada en su corazón, eminente, colmada de todas las virtudes" (*Himnos a la Virgen María*, 1, 4; ed. Th. J. Lamy, *Hymni de B. Maria*, Malinas 1886, t. 2, col. 520). Que esta imagen resplandezca en el centro de toda comunidad eclesial como reflejo perfecto de Cristo y sea como estandarte elevado entre los pueblos, como "ciudad situada en la cima de un monte" y "lámpara sobre el candelero para que alumbré a todos los que están en la casa" (cf. *Mt* 5, 14-15).

Saludos

Deseo saludar a los fieles de lengua española, en particular a la asociación de padres y alumnos del instituto "Dante Alighieri", de Rosario (Argentina), así como a los peregrinos españoles y latinoamericanos. Que la imagen de María resplandezca en cada comunidad eclesial como perfecto reflejo de Cristo, nuestro Salvador. Muchas gracias.

(En eslovaco)

La Cuaresma nos invita a la conversión a través de la escucha de la palabra de Dios, la oración y la práctica de las obras de misericordia. Para que podáis vivir una Cuaresma así, os imparto gustoso mi bendición a vosotros y a vuestros seres queridos.

(En croata)

Deseándoos una Cuaresma llena de frutos de conversión y caridad, para que lleguéis renovados a la fiesta de Pascua, os imparto con gusto la bendición apostólica a cada uno de vosotros y a vuestras familias.

(A la asociación de médicos católicos italianos)

El respeto a la vida desde su concepción hasta el fin natural es criterio decisivo para valorar la civilización de un pueblo.

Dirijo, por último, un saludo cordial a los *jóvenes*, a los *enfermos* y a los *recién casados*, a los que animo a proseguir con empeño en el itinerario cuaresmal. Que la gracia de este tiempo os ayude,

queridos *jóvenes*, a redescubrir el don del seguimiento de Cristo y a imitar la adhesión filial de Jesús a la voluntad del Padre.

Os exhorto a vosotros, queridos *enfermos*, a sostener, con la oración y el ofrecimiento de vuestro sufrimiento, el camino cuaresmal que la Iglesia está realizando.

Hago votos para que vosotros, queridos *recién casados*, pongáis al Señor en el centro de vuestra familia: que él camine con vosotros, de manera que seáis siempre testigos creíbles de su amor, en cualquier circunstancia de la vida.